

Y puede que entonces sean los profesionales del libro los que se guisen y se coman cómo montar la Feria de la plaza Nueva sin que el INLE se lleve el manso. Que esto, y no otra cosa, es lo que vienen pidiendo "los paralelos". Predicando en el cernudino desierto que llora mientras canta. ■ ANTONIO BURGOS.

## CANCION

### Carlos Cano, buscando a Andalucía

Banderas verdiblanas, gritos de "Andalucía libre" (o "libertaria", o "socialista", según los gustos), recibieron la presencia en un teatro de Madrid —prácticamente por primera vez en este medio— de Carlos Cano. Es uno de los máximos y mejores representantes de la canción popular andaluza de este momento, una canción que se expresa por moldes distintos a los del "hondo", pero que, como éste, enclava sus raíces en lo más profundo del sentir de una colectividad, al tiempo que hace frente a los problemas actuales con otras distintas perspectivas expresivas. Y si bien es cierto que las influencias del canto gitano no pueden —ni deben— olvidarse, no es menos claro que aquí se encara ya el proceso de creación de una nueva comunicación musical que recoge asimismo experiencias de la canción urbana y de otras procedentes incluso fuera del país específico.

Carlos Cano asimila bien todas estas enseñanzas, y accede a un tipo de arte muy peculiar y altamente promotor por las posibilidades de desarrollo a fondo. Aquí hay un trabajo por hacer, pues se trata de rescatar todos los elementos valiosos que la cultura popular ha venido creando, apropiándose o incluso padeciendo por necesidad, ante la avalancha masiva del bombardeo de los medios de alienación en los cuarenta años. Pero el pueblo es sablo o, simplemente, también tiene su corazoncito, y de esa forma ha transformado en vivencias personales, irrepetibles pero de alguna forma colectivas, todo lo que ha podido salvar de toda una manipulación. A la recuperación de las



Carlos Cano.

partículas aún incontaminadas, o al aprovechamiento de aquellas otras semiperdidas —mediante un proceso de transformación tanto más hábil cuanto más radical y profundo— se entregan hoy hombres jóvenes como Carlos Cano. Saben que, en cualquier caso, el pueblo no es culpable de la pérdida impuesta de su personalidad, y que la gente que compone ese colectivo está esperando, simplemente, tener ocasión de recuperarla.

En el repertorio del cantante granafino —procedente del adelantado, para su época, "Manifiesto de canción del Sur"— se combinan notablemente temas de variada condición y estilo que configuran, no obstante, una ya muy clara definición artística: la denuncia de "La especulación"; el grito de "A la calle"; la identificación nacional de "Verde, blanca y verde"; el descubrimiento de una raíz en "La hoguera"; el cachondeo frente a los "Clementes" de El Palmar de Troya; en fin, la "Canción de amor a la libertad" y la reivindicación de un sano costumbrismo de fiesta y alegría en "Ellos nos llaman la morralla" o "La murga de los correlantes". Gravedad e ironía se combinan así en el repertorio de un cantante que se plantea, además, de forma rigurosa y seria la investigación a todos los niveles de un pasado que tanto nos tiene que enseñar no sólo a nivel de repetición de

vicisitudes políticas o sociales, sino también de sonoridades, sentimientos e idiosincrasias. En este sentido, la "Historia de Andalucía" que Cano prepara pausadamente, si bien algo pretenciosa en su planteamiento, puede constituirse en ejemplar trabajo de profundización en una realidad y en modelo de labor musical para la tan perseguida y aireada recuperación de las "señas de identidad". ■ ALVARO FEITO.

## MUSICA

### Ejercicios espirituales

Usted ya sabe quiénes son. Les ha escuchado cómo, convenientemente disfrazados o corporeizados en figurantes más decorativos, daban color local a películas como "La noche deseada". Y si no eran éstos, serían otros más o menos por el estilo; quizá éstos sean un poco mejores. Se llaman The Los Angeles Jubilee Singers: acaban de actuar en el teatro Real, de Madrid, y su repertorio se compone principalmente de canciones "gospel" y espirituales, así que

también le sonará a usted; realmente, tampoco es tan variado.

Tratándose de "gospel" y espirituales, nunca se puede evitar que surja alguien hablando de religiosidad primitiva y cánticos ancestrales; que le saquen a uno a relucir toda una folklórica retahíla de esclavos danzarines, predicadores iluminados, fieros capataces y Escarlatas O'Hara. Y puede que esto viniera a cuento en un principio, pero lo cierto es que ya hay muy poco de eso: nada alejado estaría de la verdad quien dijera que en ninguna exhibición pública hay mayor dosis de manierismo que en espectáculos del estilo del que comento; el género se ha convertido del todo en un juego sofisticado, a ver quién hace el más difícil todavía en cuestión de armonías rebuscadas y alambicados contrapuntos.

Esta notoria estilización del gospel viene siendo acogida con indignada suficiencia por todos aquellos con vocación de crítico engagé que, despistados, acuden a este tipo —y a todo tipo— de espectáculo en demanda de "autenticidad". Y nadie mejor para renovar la indignación de estos catadores de pena ajena que The Los Angeles Jubilee Singers: tienen todos unas facultades portentosas que someten, con una técnica depuradísima, a los más endiablados ejercicios vocales, bajo la pulcra dirección de Albert McNeil. No dejan a la improvisación ni la mera presencia en escena, pasando desde el hie-ratismo más estudiado hasta el más estudiado patetismo, a través de toda una gama de expresiones entre las que no puede faltar la ritual invitación al público para que participe, aplaudiendo más o menos al ritmo. También se lucen en unos calypsos de lo más estereotipado, y hasta hacen un medley de "Foxy and Bess", ópera gershwiniana que ha cimentado su fama en la repulsa de quienes la acusan de dar una visión irreal y folklorizante de las comunidades negras. Máxima herejía, en algunos momentos los dos miembros más espiritados del grupo aventuran unos discretos pasos de ballet. Demasiado. Quien va a la búsqueda de autenticidad ya tendrá a punto la frase hecha: "Tíos Tom". Con lo cual no dice nada del grupo y sí demuestra que lo que años atrás pudo ser concreción acertada de una actitud crítica hoy es lugar común al alcance de cualquier ingenuo.

Un ingenuo que, queriendo escapar de una forma de racismo, cae en otra por lo menos igual: la de no tolerar a los pertenecientes